

Jaume Subirana

Trascendencia y paradoja

¿Qué precio? La vida.
Si quisieras pagarlo,
la salvarías.

Salvador Espriu, *Formas y palabras*. Traducción
de Andrés Sánchez Robayna y Ramon Pinyol Balasch.

¿Qué precio? La vida

Hace años, con un amigo de quien esto firma después convertido en buen editor, cuando ni el uno ni el otro casi ni nos afeitábamos, apañamos algo parecido a una novela hoy piadosamente guardada en el fondo de un cajón. De aquel montón de hojas y palabras mecanografiadas no recuerdo mucho más que el título, el caer de las tardes de los días pasados juntos y los versos de un brevísimo poema que tenía que formar parte de un montaje escénico que los personajes preparaban, descubiertos en un rincón de página repasando de arriba abajo la poesía completa de Salvador Espriu: son los tres versos que he escrito en el encabezamiento de este papel, los versos de los que hoy desearía hablar brevemente. Porque cuando alguien como yo, que no

he sabido aprenderme de memoria ni los más breves de mis propios poemas, recuerda durante 20 años unas palabras escanciadas, se las recita un día tras otro en circunstancias muy distintas, las dice interiormente siguiendo el traqueteo de los vagones de metro o ante los momentos peculiares que pedían coraje, cuando alguien interioriza un poema hasta hacerlo suyo puliendo sus aristas en los bolsillos de la memoria como si se tratase de un guijarro, cuando alguien vuelve a unos versos de otro (me ocurre también con algunos –pocos– versos de Josep Carner, Ausiàs March y Màrius Torres) como quien vuelve a un recuerdo de infancia o a un mantra, esto significa que aquellos versos eran (son) versos de los de verdad, cocidos en la misma fragua que la lírica popular de los adagios o d' *El noi de la mare*.



Eugènia Carrasco



Eugènia Carrasco

Si quisieras pagarlo

Los tres versos (que siguen la forma estrófica oriental llamada haikú, adaptada al catalán con una estructura de 5/7/5 sílabas con palabra final llana) pertenecen al Espriu tardío: corresponden al fragmento XXXII de *Formas y palabras*, conjunto de breves poemas escritos por Salvador Espriu en 1974 inspirándose en unas figuras del escultor Apel·les Fenosa. Parece evidente que se nos habla del supuesto precio de algo externo al poema, formulado como una pregunta. Es importante subrayar, antes que nada, que lo esencial (¿el precio de qué?) no está, se nos ha escamoteado. Tenemos, eso sí, la respuesta a la pregunta: el precio es la vida. Y de acuerdo con la voz que habla en el poema, sabemos que quien esté dispuesto a pagar este precio salvará... la vida. Es decir: quien quiera entregar (pagar con) la vida, la mantendrá, evitará perderla. En nuestros tiempos de exaltación neoliberal y de pragmatismo simplificado, esta enigmática formulación de Espriu aporta un apunte de sabiduría paradójica y, por tanto, irónica, con un aire entre gnóstico y profético. En ella resuenan la esfinge de Tebas, el Fausto goethiano, Judas Iscariote y, sobre todo, Jesús de Nazaret.

Así, el poema cumple a la vez dos características esenciales de buena parte de la poesía de Espriu: la trascendencia y la claridad (una claridad como la del agua límpida: nada inocente, nada evidente, poco aprehensible). Los versos de Espriu dibujan un territorio aparentemente cercano pero radicalmente ajeno al del día a día, al de nuestros hábitos sociales o mercantiles. Un territorio existencial donde se usa la misma lengua del comercio, pero donde la palabra dicha en lugar de tener valor de cambio tiene valor de símbolo: ella misma indaga y explícita a la vez, es a la vez hipótesis y fórmula definitiva (como ocurre, justo es decirlo, en el propio territorio poético).

La salvarías

La menudencia y la aparente sencillez del poema encierran un alto grado de sofisticación conceptual y constructiva. Estamos, de hecho, ante una especie de trampantojo existencial: el precio que pagaríamos si aceptáramos la apuesta –la vida– es justo el que nos ahorraríamos (el que salvaríamos); así, pagar significa no gastar, aunque para comprobar la certidumbre de la afirmación será necesario cumplir el primer requisito (entregar la vida) y no parece absolutamente seguro que podamos ratificar la segunda parte que se nos promete. El interrogante consiguiente (no escrito pero diría que implícito) no tarda mucho en aparecer: si queríamos pagar el precio (dando la vida), salvaríamos la vida, pero... ¿y si no queremos pagarlo? Porque si la única forma de salvar la vida

es entregándola, parece evidente que no entregándola la perdemos. Así, ante esta voz oracular casi diríamos que inocente, el ser humano queda arrimado contra el muro del sacrificio: o entrega la vida con la promesa de salvarla o la retiene con la amenaza de dilapidarla.

Lejos del juego retórico del huevo o la gallina, la expresión de una inquietud existencial ha encontrado su vehículo idóneo de expresión a través de un pequeño artefacto poético con una alta concentración expresiva, donde la afirmación de la existencia (y de la permanencia de este existir) acaba pasando por una ineluctable negación. Espriu elige usar las palabras (y sabe utilizarlas) para decir la duda trascendente y para replicar la paradoja, porque para él (como para Riba, Eliot y Borges) el mundo de las palabras es otro mundo y a la vez radicalmente humano (podríamos decir que más humano incluso), el único mundo donde aún es posible quizá ya no el sentido, pero sí como mínimo la pregunta sobre un hipotético sentido: ya no la salvación, pero sí como mínimo la pregunta sobre una hipotética salvación. **F**

Eugènia Carrasco

